

parte de la que comunmente se le atribuye en la misteriosa confeccion del *Amadis de Gaula*.

Todos mis esfuerzos se han dirigido á que el texto de una y otra obra salga correcto, purgándole de los infinitos errores que antes tenia. No habiéndome sido posible haber á las manos la edicion del *Amadis* del año 1549, que hasta ahora se conoce por primera, me he servido de la que en 1533 hizo en Venecia el español Francisco Delicado, natural de la Peña de Mártos y vicario del valle de Cabezuela, en casa del maestro Juan Antonio de Sabia. Puso aquel; segun él mismo nos informa, singular cuidado en que su edicion saliese muy esmerada, corrigiendo la ortografía; y tanto por esta circunstancia, como por su tamaño, que es algo mayor que el comun fóllo español; por la belleza de los tipos, y por unos grabados en madera, relativos á la historia y oportunamente intercalados en el texto, es una de las mas bellas y estimadas que se conocen. Cuando algun pasaje me ofrecia duda, he acudido en confrontacion á otra del año 1545, hecha en Medina del Campo por Juan de Villaquiran y Pedro de Castro. Usábase entonces la conjuncion *y* con bastante arbitrariedad, aunque sin dejar por eso el *et* y el *é* de los siglos anteriores; y así, no extrañarán los lectores que no se haya hecho alteracion alguna en este punto, prefiriendo conservar íntegro un texto antiguo á introducir reformas, siempre peligrosas. En cuanto á las *Sergas*, se han tenido presentes dos ediciones, la de Sevilla de 1542, y la de Alcalá de 1588, confrontándolas siempre que ha sido necesario.

Aunque, segun el dicho agudo de Saavedra (*República Literaria*, 63), «los que hacen repertorios á los libros son ganapanes literarios, que trabajan para los demás,» he querido mas bien merecer esta calificacion que no privar á los lectores estudiosos del auxilio que un buen índice proporciona casi siempre. Sabido es cuán frecuentes son las alusiones de nuestros poetas, tanto líricos como dramáticos, á los antiguos *Libros de Caballerías*, y principalmente al *Amadis*; y así, no parecerá supérfluo el trabajo que me he impuesto.

En un *discurso preliminar* que precede á esta edicion hallarán los lectores algunas observaciones acerca del origen de la llamada *literatura caballeresca*, así como acerca de la composicion del *Amadis* y del *Palmerin de Inglaterra* (cuestiones ambas muy debatidas entre los eruditos), y un análisis y extracto de las mejores producciones en este género: hojas arrancadas de un libro que por los años de 1840, y para distraerme de trabajos literarios mas graves y molestos, comencé á escribir en Lóndres sobre el origen y progreso de la ficcion romántica en España. Tambien he creído deber formar un índice ó catálogo de los conocidos, así en castellano como en portugués, señalando sus varias ediciones, y procurando llenar el vacío que experimentaban los estudiosos en este ramo difícil é intrincado de nuestra literatura.

Madrid, 40 de enero de 1857.

PASCUAL DE GAYANGOS.

## DISCURSO PRELIMINAR.

MUCHO se ha disputado, y sigue aun disputándose, entre los eruditos acerca del origen y desarrollo progresivo de aquel linaje de ficcion romántica, comunmente conocido con el nombre de *literatura caballeresca*, suponiéndola unos nacida del roce y contacto de europeos y orientales al tiempo de las Cruzadas, atribuyéndola otros casi exclusivamente á los árabes invasores de nuestro suelo, al paso que no pocos sostienen que tuvo principio entre los escandinavos y otras naciones del Norte. Tambien hay quien niegue uno y otro origen, el *arábigo* y el *gótico*, haciéndola derivar inmediatamente de las fábulas mitológicas de griegos y romanos.

Es esta una de aquellas cuestiones literarias en las que, estrictamente hablando, todos parecen tener razon, y en que se nos antoja que bien pudiera argüirse por espacio de un siglo entero sin llegar á establecer una verdad absoluta; porque, si la literatura es espejo fiel del carácter, costumbres y sentimientos de un pueblo, ¿quién habrá que pueda definir de una manera concreta los varios y diversos elementos que componen la sociedad europea? Así es que, léjos de esclarecer la cuestion los partidarios de cada uno de aquellos sistemas, la han embrollado y oscurecido, mezclando y confundiendo elementos que conocidamente tienen origen diverso. Porque tres cosas son, á nuestro modo de ver, de considerar en esta cuestion importante: 1.<sup>a</sup> el espíritu guerrero y de aventura que en estos libros prevalece, y los hábitos y costumbres que allí se pintan; 2.<sup>a</sup> los materiales históricos, si tal nombre merecen, sobre que están fundados; 3.<sup>a</sup> los recursos de imaginacion empleados por sus autores. De estas tres, tan solo la última merece fijar nuestra atencion, porque nadie hoy pone en duda que la caballería, como institucion, tuvo origen en el Norte, y que las escenas y sentimientos que en semejantes libros se leen, están tomadas de la vida privada de los pueblos europeos; y por otra parte, es evidente que los materiales de que los primeros troveras, bretones ó anglo-normandos, echaron mano, tienen relacion más ó menos directa con su historia nacional. Así que, la sola y única cuestion que aun queda en pié es la de averiguar cuál sea el origen de esas ficciones sorprendentes y maravillosas, de esos mónstruos y dragones, de esos sábios encantadores y maléficas fadas, que constituyen, por decirlo así, la maquinaria de los libros de caballerías.

Los que á estos señalan un origen oriental, pretenden que nada semejante se encuentra en las composiciones poéticas de los trovadores hasta muy entrado ya el siglo XII; que las novelas y aun los tratados de química de los árabes, están, al contrario, llenos de encantamientos como los que se leen en los libros de caballerías; que los amuletos, talismanes y anillos mágicos forman una parte muy principal de la filosofía ó sapiencia oriental; que las *peris* orientales sirvieron de tipo á las fadas ó *fairies* de las naciones septentrionales; y por último, que el grifo ó hipogrifo, de que tal partido sacaron despues Ariosto y los poetas italianos, no es otra cosa que el *simurgh* ó caballo alado de los persas, que tanto papel hace en las magnificas epopeyas de Saadi y de Ferdusi. Estas y otras maravillas, suponen, recogió en Oriente la atropellada turba de ociosos peregrinos, á quien la curiosidad ó la devocion hacia dejar los hogares patrios por las áridas llanuras de la Palestina; y mas tarde los ministriles y fabulistas normandos de Francia é Inglaterra, que seguian las banderas de sus señores feudales en las guerras de las Cruzadas, las introducian en sus poéticas narraciones y libros de Gesta.

De admitir el origen oriental de la ficcion romántica, el sistema que acabamos de exponer nos parece preferible al de aquellos que, como Warton (1), quieren que sea venido de los árabes inva-

(1) *History of english Poetry*, por Tomás Warton.

sores de nuestra península, importado por ellos en los puertos de Marsella y de Tolon, llevado de allí á Bretaña, y por último, comunicado al país de Gáles; porque en los tiempos en que se pretende fijar semejante importación, ni las comunicaciones de los árabes españoles con el resto de Europa eran tan frecuentes y directas como se quiere suponer, ni los cristianos vivían en paz y sosiego bastante para recibir la acción lenta de creencias vulgares tan opuestas y contrarias á las suyas.

Por otra parte, los mantenedores del sistema gótico, como Mallet (1), Percy (2) y otros, dicen que los escaldos ó bardos de los pueblos septentrionales acostumbraban de muy antiguo á perpetuar las genealogías de sus reyes y caudillos, así como sus victorias y hechos de armas, en una especie de poesía narrativa, á manera de cantilenas ó romances. Cuando la historia, añaden, se hizo mas grave, y comenzó ya á escribirse en prosa, tomando formas mas sencillas, y al propio tiempo mas duraderas, los bardos perdieron el monopolio que hasta entonces habian ejercido, y hubieron naturalmente de buscar nuevos medios de entretener y deleitar, exornando su narración con ficciones maravillosas, propias para herir la imaginación y captarse la benevolencia de sus lectores. Mucho tiempo antes de las Cruzadas, los escaldos creían en brujos y encantadores, en filtros y talismanes, introduciendo en sus libros históricos combates con monstruos y dragones, así como encuentros con jayanes y gigantes. El espíritu caballeresco, la sed de aventuras, la cortesía llevada hasta el exceso, rasgos principales y característicos de esta clase de literatura, se encuentran ya entre los pueblos del Norte mucho antes de la introducción del feudalismo. Estas ideas, llevadas á Normandía por los bardos del caudillo Rollo, en su emigración á dicha provincia desde el Norte, fueron comunicadas por aquellos á sus sucesores, los troveras y juglares, quienes adoptaron luego la religión y opiniones de los países donde se establecieron. En lugar de sus héroes paganos, crearon héroes cristianos, conservando siempre en sus ficciones el antiguo elemento escaldico de gigantes, enanos y encantadores.

Tal es el otro sistema, que, como se echa de ver, es diametralmente opuesto al arábigo ú oriental; mas no ha faltado también quien, como el inglés Warton (3), niegue completamente la influencia de ambos elementos, el oriental y el gótico, sosteniendo y afirmando que en las bellísimas concepciones de la mitología griega y pagana, en los cuentos milenarios, y aun en la novela tal cual existía en la edad media, se encuentran ya sobrados materiales para que escritores dotados de mediana imaginación pudiesen, con los elementos propios y las ideas mismas de la sociedad en que vivían, formar el sencillo y á veces monótono artificio de los libros de caballerías. Esta opinión (4) ha sido, como era de esperar, rudamente combatida por los partidarios de los dos sistemas arriba expuestos, aunque, á nuestro modo de ver, injustamente, porque, ora la supongamos impregnada del elemento gótico ó modificada por el oriental, ora la miremos como producto natural y espontáneo de la sociedad y costumbres de los siglos medios, preciso es admitir que la novela caballeresca tuvo origen y principio en la griega y romana (5), y que en las ficciones de Antonio Diógenes, Heliodoro, Jamblico, Aquiles Tacio, Longo, Chariton y otros autores griegos, así como en las de Petronio y Apuleyo, se encuentran ya muchos de los elementos que entraron mas tarde en la formación de los libros de caballerías.

La cuestión así planteada, y desembarazada de una porción de incidentes accesorios que la embrollaban, queda reducida á menores proporciones; así pues, no nos sería difícil probar, si tal fuese nuestro intento, que la literatura caballeresca, juntamente con el espíritu que la creó, tuvo origen y principio en Europa y dentro de la misma sociedad, alimentándose con las ideas, sentimientos y costumbres propias de la edad media. Porque la caballería, considerada como institución, es, á no dudarlo, de origen germánico, y se encuentra ya en la ceremonia, mitad civil, mitad religiosa, con que aquellas razas acostumbraban á solemnizar la toma de armas é ingreso en la tribu de un joven guerrero. Mas tarde el clero cristiano concibió la idea, altamente civilizadora, de doble-

(1) *Introduction à l'histoire de Dannemarc.*

(2) *Reliques of Ant. Eng. Poetry*, tomo III.

(3) *Essay on the genius of Pope.* Este Warton se llamó José y es distinto del Tomás arriba citado.

(4) «Los autores de libros caballerescos, dice, á quien siguieron despues Ariosto y Spencer, debieron estar dotados de mucha inventiva; pero ¿quién no conoce

que sus invulnerables héroes, sus monstruos, sus encantamientos, sus deleitosos jardines, sus islas desiertas, sus dragones alados no son mas que reminiscencias de Echidna, Circe, Medea, Aquiles, las sirenas, las arpías, el Phryxo, y el Hierofonte de los antiguos?»

(5) Véase también Southey, en el prólogo á su traducción inglesa del *Amadis de Gaula*.

gar y dirigir en provecho de la sociedad amenazada los feroces instintos de aquellos guerreros, cuya turbulenta ambición y desenfrenada codicia no conocía mas móvil ni mas ley que la espada. Vémosle de muy antiguo usar ya del derecho de armar á los jóvenes guerreros, salidos del orden feudal, los cuales, de brutales soldados, se convertían luego en ardientes campeones de la Iglesia, recibiendo las armas, y mas tarde el orden de la caballería, para defender la religión y proteger al débil contra el fuerte.

La literatura, como es consiguiente, debió ser un auxiliar poderoso en semejante cambio, apoderándose de aquellas ideas, constituyéndose en imagen de la sociedad y reverberando con nueva fuerza y vigor los mismos sentimientos de que antes se habia inspirado. Por la misma razón, los trovadores provenzales contribuyeron poderosamente al desarrollo del espíritu caballeresco en Europa, levantando altares á la galantería y al amor, produciendo composiciones tan ingeniosas como brillantes, propagando ideas nuevas y vistiéndolas de nuevos colores. En el sistema provenzal, sistema de tal manera fijo y estable, que, como ha dicho con mucha oportunidad un escritor moderno, tiene su vocabulario aparte, el amor era mas que un sentimiento; era una virtud, y así es que en los libros caballerescos, imagen fiel de la sociedad feudal, vemos á las mujeres, asiduamente mezcladas con los hombres, asistir á los banquetes y festines, celebrados las mas veces en honra suya, presidir á los juegos militares de caballeros y donceles, y agruparse en derredor del vencedor, ya para felicitarle de su victoria, ya para desarmarle y reconocer sus heridas. En buen hora que á este cambio radical en las costumbres, verificado principalmente bajo la influencia del cristianismo, y la marcha lenta, aunque progresiva, de la civilización; á esta encarnación de la literatura provenzal en la novela griega y latina se mezclase un elemento oriental, ya venido de las Cruzadas, ya tomado de los árabes de nuestra península; siempre nos será forzoso admitir que este último entró por muy poco en la confección de los primeros libros caballerescos.

En España este movimiento literario parece haberse sentido mas tarde que en ningún otro pueblo de Europa, y la razón es óbvía. De muy antiguo nuestra historia se halla revestida de cierto barniz caballeresco y legendario, que la hace en este punto mas pintoresca y animada que otra alguna. Tanto es esto verdad, que entre algunos trozos de la *Crónica general*, y principalmente los que tratan de Bernardo del Carpio y los siete Infantes de Lara, entre las relaciones populares del Cid y Ferran Gonzalez, la historia fabulosa de don Rodrigo, las leyendas monacales mas antiguas, y ciertos pasajes del *Amadis*, la transición es casi imperceptible, sin advertirse mas diferencia entre unos y otros que la de estar aquellos fundados en la popular tradición y referirse á personajes históricos, y tratar estos de héroes enteramente fabulosos. Por estas y otras razones, entre las cuales no entra por poco el estado de una sociedad en lucha continua con un enemigo interior, la novela caballeresca en prosa fué poco conocida en la Península antes de principiar el siglo XIV. Mucho tiempo antes gozaban ya de gran crédito en Bretaña, Inglaterra y aun en el centro de Francia, libros de Gesta en verso, como *Le roman de Brut* y el de *Rou*, compuestos ambos por Roberto Wace, trovador normando, á mediados del siglo XI; el de *Sangreal*, atribuido á Tomás Lonelich, poeta de la corte de Enrique VI de Inglaterra; el de *Perceval*, cuyo autor, Christian de Troyes, floreció en el siglo XII; *Les enfances d'Ogier le Danois*, ó *las Mocedades de Ugiero*, cuyas principales escenas pasan en nuestra península ó en países fantásticos y regiones imaginarias. Nada de esto (1) habia á la sazón entre nosotros, como si los héroes nacionales y sus gloriosas empresas contra el comun enemigo bastaran ya para llenar cumplidamente la curiosidad de los oyentes y lectores, y satisfacer su mas ardiente patriotismo. De Artús y su Tabla Redonda poco ó nada se sabia por entonces, y el mismo Carlomagno no aparece en los cantares y romances sino como un invasor del suelo patrio, sufriendo cruel derrota á manos de Bernardo del Carpio y sus invictos montañeses. La primera y mas antigua de estas imitaciones parece ser la *Historia del caballero del Cisne*, que el rey sabio ingirió en su *Gran Conquista de Ultramar*, ya que no sea, como hay motivos para sospecharlo, traducción de un libro francés. Por otra parte, la *Crónica de don Rodrigo*, último rey de los godos, no es mas que un conjunto de fábulas y patrañas, un verdadero libro de caballerías, ideado en el siglo XV por Pedro del Corral, á pesar de que muchos y graves autores la hayan mirado como historia verdadera.

(1) Lo poco que de este género se halla, se encuentra en los escasos romances sacados de las crónicas

caballerescas bretonas ó carlovingias. Véase el erudito prólogo al *Romancero* del señor Duran.

Pero si España fué tardía en admitir, fué tenacísima en conservar este género de literatura, ampliándole y perfeccionándole en tiempos mas modernos, hasta el punto de haberle, por decirlo así, resucitado, dándole nueva vida y formas nuevas, é imponiéndole á su vez á la Europa entera. Por causas que no son de estelugar, el espíritu caballeresco, ya decadente en los demás reinos de Europa, se hallaba en nuestra península, á fines del siglo xv, mas floreciente y vigoroso que nunca. El celo ardiente (dice un escritor moderno) (1), que arrancó á tantos cristianos de sus hogares para conducirlos á los sitios de la pasion de nuestro Redentor; los sentimientos exaltados de honor y de amor, tan vigorosamente delineados en las ficciones de la Tabla Redonda, grandes y nobles objetos de la piedad de nuestros mayores, habian ya dejado de existir ó estaban lastimosamente modificados. La astucia y la perfidia habian reemplazado entre los soberanos de Europa á la lealtad caballeresca. En Francia, un libertinaje grosero, revestido de maneras cortesananas, ocupaba el lugar de aquel idealismo del amor, móvil y causante de gloriosas empresas siempre que animaba el corazon de verdaderos caballeros. Juan de Ligny vendia la poncella de Orleans, mujer y prisionera, á Felipe de Borgoña, quien se la revendia á los ingleses. La política y la disciplina sustituian ya en Inglaterra al espíritu caballeresco, y este cambio se operaba principalmente en el arte de la guerra y en la organizacion de los ejércitos. Eduardo III debió sus victorias contra la Francia á la formacion de escuadrones regulares, contra los cuales se estrellaba el fogoso ardimiento y la inconsiderada valentía de los caballeros franceses. En Italia, micer Poggio el florentin, Pulci y Maquiavelo se burlaban de las proezas de los antiguos paladines, y daban pruebas patentes de un escepticismo político y religioso. La España sola conservaba aun en toda su fuerza su primitiva afición á los pasos de armas, torneos y todo género de ejercicios caballerescos. En la sola *Crónica de don Juan II* se citan nada menos que veinte y tres de aquéllos (2). Fernando de Pulgar, secretario de los Reyes Católicos, asegura con cierta arrogancia que en su tiempo eran en mayor número los caballeros españoles que iban á reinos extraños á buscar fortuna, que los extranjeros que venian á España, y mosen Diego de Valera habla con marcada complacencia de sus propios duelos y combates en Bohemia y Hungría. ¿Qué mucho, pues, que mientras Carlos V llevaba sus armas victoriosas á varios puntos de Europa y Africa; cuando, fiado solo en su palabra, atravesaba el territorio de su mortal enemigo; cuando proponia á Francisco I un duelo á la antigua usanza, entregando los destinos de una nacion entera á las eventualidades de un combate personal; cuando libertaba á España y á Europa toda de las invasiones del Turco y de los progresos del luteranismo, los patrióticos sentimientos del pueblo español hallasen solaz y deleite en las increíbles hazañas de Bernardo del Carpio, en los gloriosos hechos del Cid y otros héroes nacionales, y que, á falta de personajes históricos, se forjasen nuevos campeones, cuyas altas proezas y nunca oidas hazañas sirviesen de meta y límite á las aspiraciones de pechos nobles y generosos? Así es que, siendo los españoles, como ya lo dijo Lope de Vega, «ingeniosísimos en este género de composicion, sin que en la invencion les haya aventajado ninguna otra nacion,» muy pronto la literatura caballeresca alcanzó limites que hoy dia nos parecen casi increíbles.

Para tratar de estos libros con el debido orden, convendrá dividirlos en tres grandes *ciclos*: el breton, el carlovingio y el greco-asiático. Los dos primeros son, con alguna ligera excepcion, exclusivamente franceses; el tercero fué engendrado en la Península por la brillante imaginacion de nuestros escritores. A este último habrán necesariamente de agregarse otra multitud de libros, asi en prosa como en verso, que, estrictamente hablando, no son mas que una modificacion del género, como son la novela caballeresca-sentimental, los libros de caballerías morales ó á lo divino, los que están fundados sobre la historia de España, y por último, las bellisimas epopeyas caballerescas traducidas ó imitadas del italiano.

(1) Barèt, *De l'Amadis de Gaule*, etc., pág. 70.

(2) A pesar de las pragmáticas de Carlos V y las severas prohibiciones de su hijo y sucesor, Felipe II, todavía se celebraban torneos sangrientos en el último tercio del siglo xvi. En el año de 1566 un hidalgo de Salamanca, llamado Alonso Barrantes, dispuso, en celebracion de sus bodas con una dama principal de aquella ciudad, un torneo, en que hubo algunas desgracias. Para solemnizar en 1604 la entrada de Felipe III en

Valladolid, hubo un torneo, á que salieron varios caballeros, siendo mantenedor el príncipe de Piamonte, y en 1630 la ciudad de Zaragoza dispuso otro en celebracion de la entrada en aquella ciudad de Felipe IV y su hermana, la reina de Hungría. Aunque estos dos últimos no fueron mas que un remedo de los antiguos pasos de armas, bien se echa de ver que los caballeros de aquel tiempo los miraban como un recuerdo de otros mas formales y sangrientos.

## § 1.º — CICLO BRETON.

*Merlín y sus profecías.*—*El libro del Báladro.*—*La Demanda del Santo Greal.*—*Lanzarote del Lago.*—*Tristan de Leonis y Tristan el jóven.*—*Tablante de Ricamonte y Jofre, hijo del conde don Ason.*—*Sagramor y segunda Tabla Redonda.*

La vida del sábio Merlín, sus astúcias y transformaciones, los hechos del rey Artús de Bretaña, y las maravillosas hazañas de Lanzarote del Lago, de Galaz, su hijo, de Perceval, Boortes y otros caballeros bretones, empeñados en la demanda del santo Greal (1), constituyen la larga série de novelas caballerescas en prosa, conocida comunmente con el nombre de *Ciclo breton* ó de *la Tabla Redonda*. Fúndanse todas ellas en una tradicion antiquísima, conservada en Inglaterra, y ya consignada por Mateo Paris en su Historia (2), de que José de Arimatea, el senador judío que asistió á la muerte del Salvador, habia comido á la mesa de un obispo armenio que fué á Inglaterra á principios del siglo xiii; y para explicar tamaña longevidad se decia que al terminar cada siglo aquel santo varon caía en una especie de éxtasis ó letargo, del cual salia recobrando toda la juventud y lozanía del tiempo en que presenció el suplicio de nuestro Redentor en la cruz. Sobre esta vulgar tradicion, Tomás Lonelich (3), trovera anglo-normando de la corte de Enrique VI, escribió una novela en verso, intitulada *Sangreal*, que mas tarde fué puesta en prosa francesa por otro trovador (4), fingiendo que José de Arimatea habia logrado adquirir la copa ó vaso (*hanap*) en que Jesus bebiere la noche antes, cenando con los apóstoles. El hecho estriba en la siguiente tradicion: antes de enterrar el cuerpo del Salvador, José, habiéndose antes procurado dicha copa, la llenó de su preciosa sangre á medida que brotaba de sus heridas; accion que exasperó de tal manera á los judíos, que le arrancaron la santa reliquia y le encerraron en un calabozo. Allí se le apareció una noche el Redentor y le devolvió la copa, recobrando, por último, su libertad, despues de cuarenta y dos años de prision, en la toma de Jerusalem por Tito Vespasiano. Puesto en libertad José, comenzó á predicar el Evangelio, convirtiendo, entre otros, á Enelaeo, rey de Sarraz, quien, con tan poderosa ayuda, emprendió y llevó á cabo la conquista de Egipto. Por este tiempo era rey de Bretaña Artús ó Arturo, el cual instituyó la Tabla Redonda, dejando, por consejo de Merlín, un lugar vacante para la santa reliquia, que habia casualmente caido en manos del rey *Pecheur*, asi llamado, ya por su habilidad en la pesca, ó ya por su notoriedad como pecador renitente (5). Las hazañas de los caballeros de la Tabla Redonda, en su loable empeño de descubrir y recuperar tan insigne reliquia (6),

(1) *Sanguis Realis*, y en francés *Sang Real*, de donde se formó mas tarde *Sangreal*, y en castellano *Santo Greal* ó *Grial*: esta nos parece etimología mas racional de aquella palabra que la propuesta por los que la derivan de *Sang Agreeable*.

(2) Matthèi Paris, Monachi Albanensis, Angli, *Historia Major a Guilielmo Conquestore ad ultimum annum Henrici tertii* (Tiguri, 1606, fóllo), pág. 339. Mateo Paris floreció á últimos del siglo xiii.

(3) Warton, *The History of english Poetry*; Ellis, *Early Metrical Romances*, tomo i.

(4) El *Sangreal* en prosa francesa se atribuye por algunos á Chretien ó Cristiano de Troyes, que floreció al terminar el siglo xii. De esta lengua se tradujo á la latina en el siglo xiii, y por último, Gautier Map, ó Walter Mapes, como le llaman los ingleses, le volvió á poner en prosa francesa.

(5) El autor del *Tristan de Leonis* castellano le llama Pescador, otros Pecedor; siendo la palabra francesa *pecheur* ó *pecheur* susceptible de una y otra interpretacion.

(6) Durante los siglos medios fué tan célebre esta reliquia como entre los árabes españoles la *mesa de Salomon*, hecha toda de esmeralda pura, con tantos

piés como dias tenia el año; la que dicen fué hallada en Toledo por Táric, y llevada despues por Muza á la corte del Califa en Damasco. Los genoveses pretendieron por mucho tiempo ser dueños de una copa ó escudilla de esmeralda, usada por el Salvador en su última cena, la que decian haber adquirido como su parte del despojo en la toma de Jerusalem por los cruzados en 1099. Cuando en 1502 Luis XII visitó á Génova, entre otras cosas curiosas que le enseñaron los ciudadanos de aquella república, fué una copa ó plato, que dijeron ser el mismo que cuatro siglos antes habian traído de Jerusalem. (Jean d'Autun, *Chroniques de Louis XII*.) Tambien el marqués de Tarifa, en su *Viaje á Tierra Santa*, fól. 179, dice haber visto en la iglesia mayor de Génova un plato ochavado de esmeralda. Otros dicen que los genoveses le hubieron en la toma de Cesaréa, en Palestina; pero es de notar que en el sitio y toma de Almería por don Alfonso VII en 1147, si hemos de creer lo que dicen el arzobispo don Rodrigo (lib. vii, cap. 12), fray Alfonso de Espina ( *Fortalitium Fidei*, lib. iv), la *Crónica General* (parte iv, fól. cccíxxvi) y otros, se halló entre los despojos un vaso ú escudilla de esmeralda, que los genoveses se llevaron, prefiriéndole á todas las demás riquezas de oro

constituyen la parte caballeresca y romántica de esta notable historia, la que, con mas ó menos exactitud, fué luego traducida á los diferentes idiomas europeos, dando tambien lugar á varias imitaciones y continuaciones.

Mas antes de escribirse el *Sangreal*, dos troveras anglo-normandos, llamados Geoffrey ó Godofre de Monmouth y Roberto Wace, autor el uno de una crónica semifabulosa y el otro de una historia métrica, conocida con el titulo de *Le roman de Brut*, habian inventado el personaje fabuloso de Merlin, mitad hombre y mitad diablo, así como el José de Arimatea, dueño de la famosa copa que contenia la sangre de Cristo. Sobre estas dos obras, Roberto de Borron, escritor del tiempo de Eduardo I, compuso su *Vie de Merlin*, en prosa francesa, cuyo argumento es el siguiente: Los diablos, alarmados al ver el número de victimas que diariamente se escapaban de sus garras, mediante el progreso del cristianismo, predicado por José y otros, resolvieron, previo consejo y deliberacion, enviar á la tierra uno de los suyos, que entrando en relaciones con una virgen cristiana, la hiciese concebir un varon, que habia de ser con el tiempo el destructor de todo el linaje humano. El infernal mensajero se hospedó en casa de un noble breton con tres hijas muy hermosas, la mas jóven de las cuales resistió largo tiempo á sus halagos, si bien, por último, el enemigo, aprovechando la ocasion en que aquella estaba dormida, llevó á cabo su designio, y la virgen se sintió preñada. Acusada, segun las leyes de Escocia, que castigaban con la muerte semejante deshonestidad, fué luego encerrada en una fuerte torre, donde dió á luz á Merlin, á quien un santo varon, llamado Blaise (*Blas*), hizo bautizar en el acto. Próxima ya al suplicio, la inocente madre se quejaba amargamente de su suerte, dirigiéndose en términos duros al que creía autor de su desgracia, y Merlin, que aun no tenia un mes, la consolaba, diciendo que no moriría, aconsejándola que se presentase con ánimo resuelto ante sus jueces. Llevada al tribunal, Merlin, en una larga y difusa peroracion, prueba que uno de los jueces, el mas condecorado y temido de todos, no era hijo del que pasaba por su padre, sino del prior de un convento cercano al lugar donde se veia el proceso; el cual, para evitar su propia deshonra y la de su madre, se ve precisado á influir con sus compañeros y obtener de ellos la absolucion de la delincuente.

Reinaba á la sazón en Bretaña un rey que le llamaban Constancio (*Constans*), el cual tuvo tres hijos: Moines, Pendragon y Utero. Muerto Constancio, le sucedió en el trono su hijo mayor Moines, el cual, de resultas de una guerra desgraciada con los sajones, se hizo muy impopular, y fué asesinado por sus propios vasallos, sucediéndole en el trono un senescal suyo, llamado Vortiger (1). Este, deseando fortalecerse contra los legítimos herederos de la corona, mandó construir una torre altísima, donde poder refugiarse en caso de necesidad, y guardar sus tesoros; mas lo mismo era llegar á la última piedra, que la fábrica toda venia al suelo con gran estrépito. Por tres veces diferentes se comenzó la obra, y tres veces vino á tierra, con gran desconsuelo del Rey y desesperacion de sus arquitectos. Reunidos los sábios y astrólogos de Bretaña para dar solución á aquel problema, descubrieron que su vida y la del Rey estaba amenazada por un niño nacido en aquel mismo año, sin intervencion de padre humano, y que mientras el edificio no se cimentase con su sangre, serian inútiles cuantos esfuerzos se hiciesen para mantener la fábrica en pié. Dió el Rey orden para que se buscase por sus estados un niño así nacido; y Merlin, que lo supo, se presentó un dia en su corte, declarando que la inestabilidad de la fábrica era solamente producida por dos fieros dragones, uno blanco y otro rojo, que á gran profundidad debajo de los cimientos se combatian. Hecha la experiencia, se halló ser así, y el Rey y sus cortesanos presenciaron la lucha de las dos alimañas, las mismas que Merlin explicó significar alegóricamente Pendragon y Utero, los dos hermanos de Moines, que á la sazón vivian desterrados en la Pequeña Bretaña. Ansiosos estos de vengar la muerte de su hermano y reconquistar el trono paterno, desembarcan en Inglaterra, vencen y hacen prisionero á Vortiger, y le mandan quemar vivo en la misma torre que con tanto afán y trabajo habia edificado. Pendragon ocupa el trono, pero al poco tiempo es muerto en batalla con los sajones, y le sucede su hermano Utero-Pendragon, cuyo consejero y ministro favorito no es otro que Merlin, quien, entre otras cosas maravillosas emprendidas por complacer y servir á su señor, prepara la *Tabla ó mesa Redonda* (2), á la que hizo sentar mas tarde cincuenta ó sesenta de

y plata. Josef de Arimatea ó Arimatía, supuesto guardian y depositario de la copa, es llamado corruptamente por algunos Abarimatías (*ab Arimatea*), añadiendo-se que predicó el Evangelio en tierra de Madrid.

(1) Hállase tambien escrito el nombre de este personaje *Vortiger* y *Vortigernes*.

(2) Distingúense en e los escritores de este linaje de libros, dos Tablas Redondas, primera y segunda:

los nobles del país, dejando un lugar reservado y vacante para el *Sangreal*. Artús, nacido de una intriga amorosa que Utero, ayudado de Merlin y de sus artes, tuvo con Iguerna, esposa del duque de Tintadiel, su vasallo, reina despues de la muerte de aquel, no sin repugnancia de los ingleses, que sabian su origen adulterino; mas habiendo este principe logrado arrancar de una fuerte roca la espada allí incrustada por Scalibor, aventura que doscientos y uno de los mas esforzados caballeros del reino habian antes probado en vano, fué elegido por rey. Merlin sigue siendo el ministro y favorito de Artús, como lo habia sido de su padre, transformándose, á su voluntad, ya en enano, ya en harpero, ya en ciervo, por servir á su señor y ejecutar hasta sus mas pequeños mandatos. Desaparece, por último, de la corte del Rey, y por un fatal error de su amiga Bibiana queda él mismo encantado en un bosque de la Gran Bretaña, oyéndose de vez en cuando sus baladros ó alaridos á muchas leguas á la redonda, y sin que nadie pueda averiguar el lugar en que está oculto. Habia Merlin dado á Bibiana, á quien enseñaba las artes mágicas, conocimiento de cierto talisman para usarlo en caso de apuro. Esta, no creyendo en su virtud, lo probó, y Merlin, arrebatado de la corte del rey Artús, fué encerrado dentro de un espino blanco, sin que su querida, peserosa de lo que habia hecho, lo pudiese remediar (1).

Otra novela caballeresca, tan intimamente ligada con las dos anteriores, que parece mas bien continuacion de ellas, es la de *Lancelot du Lac*, ó *Lanzarote del Lago*, como le llaman los nuestros. Este fué hijo del rey Ban de Bretaña, quien atacado de improviso en su castillo de Tribler por el rey Claudas, se ve precisado á huir con su esposa Elena y su hijo de pocos años, despues de encomendar á su senescal la defensa de aquella plaza. En el camino sube á la cumbre de un monte para desde allí contemplar la morada de sus abuelos por la vez postrera, y al verla presa de las llamas, cae muerto de dolor. Elena, dejando al tierno infante á orillas de un lago próximo á aquel lugar, vuela á socorrer á su esposo; mas al volver ve á una ninfa arrebatarse el fruto de sus amores y zambullirse con él en las aguas. La ninfa no era otra sino Bibiana, la querida del sábio Merlin, que de tiempo antiguo vivia como encantada en aquel lugar y era conocida por la *Dama del Lago*. Leonel y Bohort (*Leonel* y *Boortes*), sobrinos del rey Ban, son conducidos á aquel sitio de una manera igualmente maravillosa, y educados por Bibiana con la misma ternura y amor que su primo Lanzarote del Lago. A los diez y ocho años es llevado este por su protectora á la corte del rey Arturo de Inglaterra (*Artús de Bretaña*), por cuyas manos es armado caballero, concibiendo poco despues una pasión criminal por Geneura (*Ginebra*), la esposa de Artús. Forman dichos amores el principal incidente de esta novela caballeresca y el móvil de todas las acciones y proezas de Lanzarote, quien, por satisfacer la vanidad ó ambicion de su caprichosa dama, acomete cien peligrosas aventuras y temibles demandas, conquistando reinos y allanando imperios, cuyas coronas ofrece á los piés de Ginebra. Por ella invade el reino de Northumberlandia, toma el castillo de Berwik ó *Douloreuse Garde*, que despues cambió su nombre en *Joyeuse*, vence y hace prisionero al rey Gallehaut (*Galeote*), y lleva á cabo otras mil aventuras, á cual mas temible y peligrosa. Y cuando Artús, victima del artificio de una desconocida que toma la forma de Ginebra, se determina á repudiar á su reina, dejándola, por lo tanto, en completa y absoluta libertad de satisfacer sus criminales amores, Lanzarote resuelve destronar á su señor, y colocar la corona de Bretaña sobre las sienes de su querida. Morgaña (2), hermana de Artús, mas conocida entre nosotros con el nombre de fada Morgaña, descubre el amor adulterino de Ginebra y hace que Agravain, uno de los caballeros de la Tabla Redonda, se lo revele al Rey, su hermano, quien, ciego de cólera, se prepara á vengar en Lanzarote el ultraje hecho á su honra. Este se defiende con vigor y sostiene larga guerra, primero en su castillo de *Joyeuse Garde*, y despues en sus estados de Bretaña; pero Artús se ve precisado á volver precipitadamente á su reino con la noticia de que su hijo Mordrec (*Morderec*

la una es institucion de este Uter-Pendragon, ó Padragon, como le llaman los nuestros, y la otra lo es de su hijo, el rey Artús, que pasa por el continuador ó reformador de ella.

(1) Merlin es mirado por algunos como un personaje histórico que realmente existió en Inglaterra: así lo consideró Pulgar, en su *Mar de Historias*, Valladolid, 1514, fól. XLVI vuelto. De su popularidad entre el vulgo parece suficiente testimonio el vulgar adagio de «Sabe mas que Merlin». Véanse tambien unos versos

de Diego Martinez, en el *Cancionero* de Baena, página 368, y lo que dice Oviedo en sus *Quinquagenas*, *ibid.*, pág. 681.

(2) En el original francés, Morgain la féé. Ariosto hizo de ella un personaje importante (véase el canto XLIII de su *Orlando Furioso*); al paso que una buena parte del *Orlando Innamorato* de Dolce, desde el canto XXXVI en adelante, la ocupan los encantamientos de la *Fata Morgana*.

ó *Morderete*), auxiliado por los sarracenos de España, le ha usurpado la corona. Artús por último es vencido por su hijo en los llanos de Salisbury (*Salobre*), y desaparece en la refriega, sin que su cuerpo pueda ser hallado (1). Lanzarote vengá á Artús, matando á su hijo Mordrec, y colocandó sobre el trono de Inglaterra, no ya á Ginebra, como era de suponer, sino á Constantino, próximo pariente de aquel monarca. Ginebra se mete monja, y su amante se retrae igualmente á una ermita, donde se reúne con él su hermano Héctor de Mares, el solo y único caballero de la Tabla Redonda que sobrevivió á la desastrosa batalla de Salisbury (2). Finalmente Galaz (*Galaad le Vierge*), hijo de Lanzarote, auxiliado de Perceval le Gallois (3), lleva á cabo la empresa del Santo Greal, aunque otros atribuyen exclusivamente el hallazgo y rescate de tan preciosa reliquia al último de los dos, que dicen la hubo por muerte de su tío, el rey Pecheur (*Pescador*).

Tal es, en suma, el complicado argumento de una de las novelas caballerescas más antiguas, escrita primero en latín, después en verso, y últimamente en prosa francesa, alterada, corregida y adicionada, así en el fondo como en su parte accesoria y episódica, hasta formar el tronco de la dilatada serie romántica conocida con el título de *Romans de la Table Ronde* (4). De las muchas redacciones que de ella se conservan, la más común se atribuye á Roberto de Borron, escritor del siglo xiii; mas en materia de libros populares durante la edad media, es muy difícil, por no decir imposible, referirlos á determinado autor; obras de este género parecen haber sido patrimonio de una familia, de una escuela, ya que no del primero que, copiándolas y alterándolas, las hacía suyas.

La *Historia de Merlin* se tradujo luego al italiano (5), y de esta lengua á la nuestra, aunque bastante alterada y aumentada en una y otra version. Ya el francés que la puso en prosa había añadido un capítulo de profecías hechas por aquel sábio (6), mientras que el autor castellano introdujo en ella nuevos incidentes, como la muerte de aquel nigromante y otros, poniendo á su libro el nuevo y extraño título de *Baladro del sábio Merlin* (7), con que generalmente es más conocido. En cuanto al libro de *Lanzarote del Lago*, parece haberse traducido al castellano á fines del siglo xiv ó principios del siguiente, pues además de hallarse citado ya en el *Rimado de Palacio* y en la parte cuarta del *Amadís* (8), hay un pasaje del *Arcipreste de Talavera* (9), y en el *Cancionero*

(1) «De quien es tradicion antigua y comun en todo aquel reino de la Gran Bretaña, que este rey no murió, sino que por arte de encantamiento se convirtió en cuervo, y que andando los tiempos ha de volver á reinar y á cobrar su reino y cetro.» (*Don Quijote*, parte 1, cap. xiii.) Véase lo que á propósito de esta conseja dice, en sus *Anotaciones*, el doctor Bowle, tomo iii, pág. 48.

(2) Pasa por autor de esta novela caballerescas en prosa el mismo Roberto de Borron, de quien ya dijimos haber escrito el *Sangreal*. No falta quien diga que se escribió antes en latín, y la verdad es que, con el título de *Roman de la Charrette*, se conoce una version métrica de esta misma historia, bastante anterior, puesto que fué empezada por Chretien de Troyes y concluida por Geoffrey de Ligny, autores ambos que florecieron en el siglo xii. Como quiera que esto sea, el *Lanzarote del Lago* es quizá el más popular de cuantos libros de caballerías se han escrito de la Tabla Redonda, como lo indica hasta cierto punto la circunstancia de llamarse de muy antiguo *Lancelot la sota (valet)* de piques, en la baraja francesa.

(3) De este caballero, uno de los de la Tabla Redonda, hay historia aparte, escrita según unos por Menestrier, y según otros por Chretien de Troyes. Tiene el título de *Roman du Vaillant Perceval, chevalier de la Table Ronde, lequel acheva les aventures du Saint-Greal, avec aucuns faits belliqueux du chevalier Gauvain et autres*.

(4) A esta serie pertenecen las historias de Meliadus,

de Tristan de Leonis, su hijo, de Isaias el Triste, de Gyron el Cortés, de Perceforest, y otros caballeros contemporáneos del rey Artús; alguna de las cuales fué traducida al castellano.

(5) Fué autor de esta traduccion messer ó micer Zorzi, quien la concluyó en 1379.

(6) Imprimióse por primera vez en Paris, en 1498 (tres tomos, 8.<sup>o</sup>), con el título de *Le premier et le second volume, avec les prophéties de Merlin*; diez y ocho años antes se había impreso en Venecia, en italiano, *L'Historia di Merlino*, etc., 1480.

(7) *El Baladro del sábio Merlin, con sus profecías*, es un libro rarísimo, conocido de los bibliógrafos por la descripción que de él hace el padre Mendez, en su *Typographia Española*, pág. 283. No se conoce más edición de él que la de Burgos, 1498, folio, ni más ejemplar que el que posee el señor marqués de Pidal. En el capítulo cccxxxix, intitulado *Del gran baladro que dió Merlin, é de cómo murió*, cuenta cómo al morir el nigromante dió un grito tan espantoso, que fué oído sobre las otras voces, é sonó tres leguas á todas partes.... é por esto llaman á este libro en romance *El Baladro de Merlin*.

(8) Véase la pág. 377 de esta edición; pero esta prueba perdería todo su valor en el caso de ser Ordoñez de Montalvo el autor del libro cuarto, como hay razón bastante para sospecharlo.

(9) «Al rey Dario é famoso cauallero, á Alexandre que del universo mundo fué señor.... al rey Antiocho de Persia, al famoso Anibal, señor de Cartago, Tris-

de Juan Alfonso de Baena, ciertos versos de un monje jerónimo, capellan del obispo de Segovia, don Juan de Tordesillas, que ninguna duda dejan sobre el particular (1).

Otro libro hay también citado por escritores del siglo xv, y que parece haber tenido gran boga en Castilla, y es el de *Tristan de Leonis*, caballero de la Tabla Redonda, cuyo original francés pasa, y con razón, por el mejor libro de su clase, y el que con más fidelidad retrata el espíritu caballeresco de la edad media. Es continuacion de otro intitulado *Meliadus de Leonnoys* (2), compuesto en el siglo xiii por Rusticiano de Pisa, y en él se prosiguen y continúan las aventuras de Tristan de Leonnoys ó Leonis, su hijo, y sus amores con la reina Iseult (*Iseo ó Isseo*). Su argumento, más animado y dramático que el de otros libros de su clase, es el siguiente: Meliadus, padre de Tristan, estuvo casado con Isabel, hija del rey Marc, á quien los nuestros llaman Mares de Cornualla. Una fada conocida de Merlin se enamora de él, y un día que el Rey salió á caza prepara un encantamiento y se apodera de su persona. Isabel, á la sazón en cinta, sale en busca de su esposo, y topa con un ermitaño, que no es otro que Merlin, el cual la anuncia que no volverá á ver al Rey. En efecto, á los pocos días muere de sobrepardo, después de haber dado á luz un hijo, que por las circunstancias de su nacimiento es nombrado Tristan, el mismo que un fiel escudero de la Reina recoge y lleva á su padre Meliadus, ya libre de su encantamiento por industria del mismo Merlin. Sabedor su suegro Mares, por la predicción de un enano agorero, de que su sobrino Tristan le había con el tiempo de usurpar el trono, resuelve la muerte de este; sorprendido Meliadus por sus espías, es asesinado durante una cacería, si bien Gorbalañ (3), el mismo fiel escudero que había salvado antes la vida de Tristan, le salva segunda vez y le lleva á la corte del rey Pharamond (*Feremondo de Gaula*). Una hija de este rey, llamada la infanta Belisenda y Belisena, se enamora de don Tristan; mas, descubiertos sus amores por su padre, Tristan se ve precisado á dejar la corte de Feremundo y refugiarse en Inglaterra. Allí, en el castillo de Tintadiel (*Tintadoyl*), celebró en otro tiempo por los amores de Artús y Ginebra, Tristan logra reconciliarse con su tío el rey Mares; poco después desafia y mata á Morhoult (*Morlote*), hermano de la reina de Irlanda, que viniera allí á exigir tributo al rey Mares. Después de esta hazaña, Tristan es enviado á Irlanda á pedir para su tío la mano de Iseult la Blonde (*Iseo la Brunda*), hija del rey de aquella tierra (4), y obtenida, vuelve con ella á

tan de Leonis, *Lanzarote del Lago*, Lançalao rey de Nápoles, é otros infinitos reyes é grandes de España, superfluo es de nombrar é poner aquí.» (*El Arcipreste de Talavera, que habla de los vicios de las malas mugeres y complexiones de los hombres*; Logroño, 1529, parte iv, cap. vi, pág. 41.) No es este el único escritor de aquel siglo que habla del *Lanzarote* y del *Tristan*; otros muchos pudiéramos citar que hicieron mención de dichos libros, y aun de la *Demanda del santo Greal* y de *Merlin*. En general, las ficciones pertenecientes al ciclo breton fueron conocidas en España mucho antes que las del ciclo earlovingio, relativas al emperador Carlomagno y sus doce pares, de las cuales no hallamos rastro alguno (en prosa se entienda) hasta principios del siglo xvi, porque el libro de *Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe*, como adelante se dirá, si bien en algunas cosas parece derivación de este último, en otras lo es conocidamente de aquel, puesto que sus proezas y hechos caballerescos pasan en la corte de un rey de Inglaterra, descendiente de Artús. En la Biblioteca Nacional se conserva un códice que contiene la segunda y tercera partes de *Lanzarote del Lago*, copia de otro que se acabó de escribir á 24 de octubre de 1414, y que estaba, según parece, seguido de una traduccion del libro de *Don Tristan*. Está señalado con la Aa, 103. Mi amigo, el señor don Mariano Aguiló, bibliotecario segundo de Barcelona, me ha comunicado últimamente, entre otras noticias curiosas relativas á este ramo de bi-

bliografía, la de una novela en prosa catalana sobre este mismo asunto de Lanzarote del Lago, intitulada: *Tragedia ordenada per Mossen Gras, la qual es part de la gran obra dels actes del famos cavaller Lançalot del Lac, en la qual se mostra clarament quant les solacies en las cosas de amor danyen: et com als qui verdaderament amen, ninguna cosa les desobliga. Endreçada al egregi compte de Iscla*. Por estar falto al fin el ejemplar de este libro, que parece impreso á fines del siglo xv ó principios del xvi, no se puede calcular cuál sería su extension.

(1) *Cancionero de Baena*, pág. 45.

(2) Se imprimió por la primera vez en Paris, 1528, con el siguiente título: *Meliadus de Leonnoys: Au present volume sont contenus les nobles faits d'armes du vaillant Roy Meliadus de Leonnoys: ensemble plusieurs autres nobles proesses de chevalerie faictes tant par le Roy Artus, Palamedes, le Morhoult d'Irlande, le bon chevalier sans paour, Galehaut le Brun, Segurades, Galaad que autres bons chevaliers estans au temps du dit Roy Meliadus*, etc. Se tradujo al italiano, pero no hay, que sepamos, version alguna castellana.

(3) En la novela francesa es llamado *Gouvernail*. También se llama Gorbalañ un personaje del libro intitulado: *La gran conquista de Ultramar*.

(4) Según la novela francesa, este rey se llamaba *Argius*, nombre que en la version castellana se mudó en *Languines*. No es esta la única variacion que el traductor creyó deber hacer en los nombres propios, los cua-